# Política Social de Vivienda y Urbanización en América Latina\*

Emilio Pradilla

personales, sobre la situación urbana en América Latina, fundamentalmente, ubicándola en la coyuntura actual en términos generales, tanto en el terreno de algunos elementos básicos de la situación económica como de la situación política. También me propongo proporcionar algunos elementos, algunas opiniones y hacer algunas preguntas sobre toda una serie de expresiones de las luchas de clase en los diferentes países latinoamericanos que se refieren a estos problemas urbanos.

Voy a tratar de plantear algunas reflexiones, algunos puntos de vista

### La "Crisis" urbana: Ideología y Realidad

Creo que algo que constatamos en América Latina es la existencia de una problemática aguda en los grandes centros urbanos. Pero no sólo en los grandes centros urbanos, sino también en todo el conjunto de asentamientos humanos. Una problemática que algunos denominan "crisis urbana".

En todo caso, esta problemática, manifiesta, en primer lugar, una enorme dispersión, una enorme anarquía, en el crecimiento de las ciudades. Las ciudades crecen a un ritmo muy acelerado, por una parte, y, por otra, este crecimiento se da en condiciones de anarquía, de dispersión, de atomización.

Aunque permanentemente hay una transformación, una integración de nuevos elementos, de nuevas infraestructuras, etc., toda esta infraestructura en todos los campos, antes de haber sido instalada ya se encuentra o bien saturada o bien nunca llega a cubrir las necesidades del

<sup>(\*)</sup> El presente texto es una transcripción de la conferencia que ofreciera Emilio Pradilla en el Centro Latinoamericano de Trabajo Social, el 9 de Octubre de 1980, al interior de un ciclo de charlas sobre la problemática de la Urbanización en América Latina.

conjunto de la población. Una enorme penuria de vivienda que se manifiesta tanto por las pésimas condiciones de vida en la mayoría de las viviendas existentes como por un incremento permanente del hacinamiento en ella, como por la permanente escasez de vivienda para los nuevos pobladores urbanos.

Pero estos fenómenos no sólo se dan en las grandes ciudades. Podemos recorrer distintos países latinoamericanos y enfrentarnos —en diferentes circunstancias—, a la misma situación en las ciudades intermedias y en las pequeñas ciudades. Evidentemente, si recorremos el campo latinoamericano, también nos vamos a encontrar con la ausencia de servicios de transporte y de vivienda para la mayoría de la población rural. Es decir, esta situación abarca al conjunto de los asentamientos humanos existentes en nuestros países.

La investigación que durante muchos años nos han dado los llamados investigadores, los técnicos al servicio de los aparatos estatales, y también los discursos de nuestros políticos, nos ha explicado siempre esta situación como derivada de la lentitud del llamado desarrollo económicosocial. Es más, existe una teoría (de la Marginalidad) que nos dice que estos problemas urbanos son el resultado de la falta de integración de la población a los beneficios del desarrollo económico-social, y que en la medida en que se vaya produciendo ese desarrollo (a cuyo margen todavía se encuentran sectores mayoritarios de la población) la población irá gozando de los beneficios, de la modernidad, del desarrollo económico social.

Sin embargo, esta teoría es una cortina de humo que se tiende para ocultar la realidad de la situación urbana. Y voy a tratar de desarrollar el planteamiento de que esta situación es el producto, por una parte, del desarrollo mismo del capitalismo en América Latina en condiciones de articulación, de subordinación, de dependencia, del imperealismo; y, por otra parte, una manifestación, una expresión, de las crisis que ese desarrollo capitalista lleva en sus entrañas. Crisis que son parte integrante de su existencia como régimen social; y que, por otra parte, son también el resultado, la expresión, la manifestación, de una acción del Estado en los países latinoamericanos, que está mati-

zado de acuerdo a las características concretas de cada régimen político, pero, que en última instancia, es resultado de su condición de instrumentos de la burguesía latino-americana asociada a la burguesía imperialista y, particularmente, a la burguesía norteamericana.

## Transformación Capitalista del Agro y Urbanización

Un primer aspecto que quisiera plantear es un elemento fundamental de la explicación del crecimiento acelerado de las ciudades. Normalmente, los técnicos y políticos sugieren que el acelerado crecimiento de las ciudades es fundamentalmente el resultado de esa atracción "malsana" que ejerce la modernidad de las ciudades sobre el conjunto de la población rural, el campesinado. Quisiera afirmar y plantear que no es ese el problema, que si la población rural emigra del campo a la ciudad no lo hace porque está deslumbrada, sino porque es expulsada del campo por el efecto del desarrollo de la agricultura capitalista. Un efecto de no mecánico, no lineal, con múltiples facetas, pero -en términos generales-, el efecto del desarrollo capitalista agrario sobre una población rural, sobre una forma de producción en el campo, encuadradas en esas formas de propiedad caracterizadas -- salvo contadas excepciones en América Latina—, por la gran concentración de la propiedad.

Quiero afirmar —a nivel general— que al impulso de la demanda de materias primas y agrícolas para la industria, al impulso de la demanda inicial de bienes alimenticios para la población urbana en expansión, como producto de este crecimiento industrial, en América Latina se inicia una profunda transformación en las relaciones sociales, en las relaciones de producción en el campo. Pero esta profunda transformación que es —de hecho— la expresión de la penetración del capital en la agricultura latinoamecana, sigue un patrón muchas veces mal comprendido de desarrollo, consistente en la transformación de la gran propiedad territorial tradicional en grandes empresas agrícolas de tipo capitalista, o su transformación, su conformación por múltiples caminos, a partir de la expropiación violenta del pequeño campesinado.

Cuando hablamos de la expropiación violenta del pequeño campesinado, vamos a recordar, por ejemplo, ese período que en Colombia se denomina el "período de la violencia", un período en el cual quedan -aproximadamente- 300 mil campesinos muertos en los campos colombianos. Oculto este período bajo una apariencia de enfrentamiento político entre los dos partidos tradicionales en Colombia, pero que esconde tras sí el más grande proceso de expropiación violenta de las parcelas campesinas por parte de grandes propietarios territoriales de la burguesía en expansión. Pero también hablamos de la violencia mucho más localizada contra las comunidades indígenas. Hablamos también de las bandas armadas de muchos terratenientes latinoamericanos cuyo objetivo es -por el terror- expulsar al pequeño campesino de la tierra, quitarle su propiedad, para conformar las grandes unidades capitalistas de producciones del campo.

Pero hay, también, otro proceso menos abierto, menos violento, menos aparente de expulsión del campesinado del campo. Es aquel proceso a través del cual el campesino se va lentamente empobreciendo, no sólo como efecto del crecimiento demográfico. El crecimiento demográfico es un elemento secundario, subordinado, explicable en relación con la estructura de la tenencia de la tierra. Una pequeña parcela de 5 hectáreas, por ejemplo, en la medida en que la familia crece y se multiplica, llega a un tope en el cual es incapaz de producir lo necesario para la subsistencia de la familia. Es decir, que el crecimiento demográfico, no es un problema abstracto, no es un problema biológico, juega un papel como expulsor de la población en la medida en que se da en unas condiciones de tenencia, en la parcelación más aguda de la tierra, en el hecho de que esas parcelas han sido sometidas durante siglos a un proceso agudo e intensivo de explotación, que hace que la tierra ya no pueda producir. Tierras extenuadas por años de explotación, sin ninguna posibilidad real de poder introducir sistemas de rotación, de dejar descansar la tierra, etc., etc., con la imposibilidad absoluta por ausencia de todo recurso económico para adquirir, por ejemplo, maquinarias, abonos, etc. Un proceso de pauperización, de empobrecimiento rápido de esta población, empobrecimiento en el cual tiene que ver el permanente incremento de

los precios de todos estos productos industriales que son necesarios para completar sus medios tanto de producción como para su propia subsistencia. Una producción agrícola, en estas condiciones, que se enfrenta en el mercado, a veces a miles dè kilómetros y sin que él lo sepa, a la producción capitalista, a la producción mucho más avanzada.

A veces, tratamos de encontrar una explicación a este problema del empobrecimiento y la expulsión de campesinos al nivel de las pequeñas regiones, al nivel del mundo que circunda al pequeño grupo de campesinos, o muchas veces tratamos de encontrarlo al nivel de la provincia y a veces al nivel del país. Siempre corremos el riesgo de que ni siquiera al nivel del país encontramos explicación de por qué ese campesino se empobrece, se arruina, llega a un nivel de miseria y tiene que partir, abandonar su propia parcela.

Si nosotros analizamos, por ejemplo, los mecanismos del funcionamiento del mercado cafetero en muchos países latinoamericanos y si pensamos en la competencia que en determinadas condiciones de sobre-producción cafetera, esta sobre-producción cafetera determina una selectividad de los granos que son aceptados en el mercado mundial; veremos, por ejemplo, el establecimiento entre los grandes países productores de estrechas cuotas y calidades que son manejados y controlados directamente por los grandes productores cafeteros, por la gran burguesía cafetera. Evidentemente, vamos a encontrar que muchos de aquellos campesinos que tienen que abandonar la producción cafetera, arruinados, nunca conocerán en qué país del planeta se dio el proceso que los va a obligar a salir del campo.

Estos campesinos no pueden introducir las modificaciones técnicas que sí introducen los grandes productores capitalistas, incrementando así la productividad, saturando los mercados e impidiendo a estos pequeños campesinos vender sus productos en el mercado, y venderlos a lo que realmente les cuesta producirlos. Así, muchas veces el capitalismo expulsa campesinos del campo sin que ellos sepan quién, cuándo y dónde ocurrió aquello que los va a sacar del campo.

Este empobrecimiento del campesinado va a ser la determinante fundamental de la expulsión del campesino a las ciudades, y no sólo a las ciudades sino también al exterior. Sólo una parte relativamente pequeña de ese campesinado es absorvido por el desarrollo capitalista en la agricultura que parte, precisamente, de condiciones técnicas de producción agrícola mucho más avanzadas, mucho menos necesitadas de mano de obra y de fuerza de trabajo, que sólo necesitan proletarizar, convertir en trabajadores agrícolas a una parte minoritaria de esa población sobrante en el campo, que sólo necesitan semiproletarizar, es decir, someter a la relación salarial-laboral en períodos cortos de tiempo a otra parte de la población.

El hecho de que en Estados Unidos haya 10 millones de mexicanos, aproximadamente, de los cuales 8 millones son indocumentados, sometidos a las condiciones de opresión y explotación más salvajes, (nunca reciben el mismo salario que el obrero norteamericano, carecen de todo derecho ciudadano, son perseguidos por la policía norteamericana, frecuentemente asesinados con mujeres y niños en la frontera en cualquier parte de los Estados Unidos); ese hecho no es más que la manifestación más clara de esta situación permanente de expulsión del campo del campesinado por el desarrollo capitalista. Y ésto no se da sólo en los Estados Unidos, nosotros miramos, también, la frontera del sur de México y encontramos que ahí ocurre lo mismo con los indocumentados guatemaltecos, salvadoreños y de todo Centroamérica. Igual podríamos decir de los colombianos en Venezuela, de los paraguayos en Brasil y Argentina, o de los bolivianos en Brasil. Es un fenómeno que se da en todos los países latinoamericanos.

Cada vez, inevitablemente, esta expulsión masiva seguirá como efecto del desarrollo capitalista, del desarrollo económico-social, y las políticas demagógicamente planteadas por los gobiernos latinoamericanos como medios de detener al campesino en el campo, (que desde luego no llegan al campesinado pobre), que van a ser totalmente controladas por la gran burguesía agraria, por los grandes productores agrícolas; no tienen el efecto de mantener más población en el campo sino, por el contrario, estos planes producen como efecto un incremento de la expulsión de población del campo a las ciudades, porque parten de un incremento de la productividad, de un mejoramiento en las condiciones de producción, que son las bases fundamentales que determinan la migración.

### Industria Monopólica y Miseria Urbana

Las grandes ciudades latinoamericanas son un producto del desarrollo del capitalismo industrial, no porque con este desarrollo nazcan, sino porque es el desarrollo industrial el que les da lo fundamental de su impulso, el que las articula, las estructura y el que determina, también, lo fundamental de las contradicciones que se manifiestan en las ciudades latinoamericanas. Pero este desarrollo capitalista latinoamericano, históricamente no se da en las mismas condiciones que se dio en Europa Occidental o en los Estados Unidos. El capitalismo latinoamericano no podía recorrer la misma historia del capitalismo europeo, no podía seguir su modelo, no podía hacer como el capitalismo de los pequeños artesanos, de los pequeños propietarios que montaban su taller, su pequeña manufactura, que iban desarrollándose lentamente como capitalistas, lentamente transformando sus talleres e introduciendo nuevas máquinas.

El capitalismo latinoamericano nace en el momento en que a escala mundial el capitalismo ha llegado ya a su vejez monopolista, en que ha pasado de su niñez de libre competencia a la vejez del capitalismo monopolista. El capitalismo latinoamericano se desarrolla, fundamentalmente, cuando ya el imperialismo domina la escala mundial. Y podríamos decir que el capitalismo latinoamericano salta etapas, recorre en décadas lo que los viejos países capitalistas necesitaron siglos para recorrer.

Si en los años 30 nos encontrábamos, aún relativamente, en condiciones que aparentemente podrían llevarnos a pensar que se trataba de un capitalismo de libre competencia, a los años 60, es decir, 30 ó 40 años después, ya ha adquirido todas las características del capitalismo monopolista: concentración de la propiedad industrial, grandes plantas industriales que controlan lo fundamental de la producción en una rama, y, sobretodo, el capital latinoamericano, por determinaciones tanto económicas como políticas, se encuentra profundamente articulado en forma subordinada, pero asociado en sus intereses al capital imperialista y, fundamentalmente al capital norteamericano. Y no podía ser de otra manera porque el carro de la historia no se echa atrás de acuerdo a la voluntad de los hombres, hay condiciones y determinaciones objetivas que moldean en un momento en el cual la historia del capital se ha hecho internacional.

Esta industria altamente concentrada en términos monopólicos presenta otra característica muy particular, trabaja —por decirlo así— con una sofisticada tecnología, casi idéntica a la tecnología utilizada en los países imperialistas; lo hace porque se encuentra sometido a la competencia en el mercado mundial a pesar de todas las barreras aduaneras que puedan establecer en términos de protección a la industria llamada nacional y, fundamentalmente, a la industria transnacional que domina las estructuras productivas internas. Se enfrenta a la competencia de los productos producidos en los países imperialistas, tiene que importar y no tiene otra fuente para su propia tecnología, la tecnología que requiere el capital y no la tecnología que podamos imaginarnos nosotros en nuestras propias reflexiones. La tecnología adecuada y necesaria al capital proviene precisamente de estos países imperialistas, no es un problema de maldad, de buena o mala voluntad, de egoísmo, de antipatriotismo, son las determinaciones objetivas del funcionamiento del capitalismo.

En estas condiciones esta industria que crece en una forma permanentemente sometida a los efectos de las crisis internacionales, sometida a las propias determinaciones, las propias tendencias críticas internas, con un mercado relativamente reducido; esta industria consume una parte minoritaria de la fuerza de trabajo que vía el desarrollo capitalista agrario ha expulsado del campo latinoamericano. Se genera así esa enorme masa de desempleados, ese enorme ejército de reserva de la industria, con cifras realmente espeluznantes, 20%, 15%, 17% de desempleo abierto; 20%, 30% de desempleo encubierto en forma de sub-empleo, en forma de subsistencia.

Esa masa que, por ejemplo, según estadísticas oficiales mexicanas, ascienden al 60% de la población económicamente activa, y esa masa de población —en esa situación—todavía le rinde un tributo al capital al servirle como uno de los mecanismos para mantener permanentemente bajo el salario. Nosotros sabemos que la fuerza de trabajo es una mercancía como cualquier otra que se compra y se vende en mercado, si hay mucha oferta de fuerza de trabajo y poca demanda el salario baja, y como en América Latina siempre domina la oferta de trabajo sobre la demanda, los salarios se mantienen bajos o tienden —permanentemente— a disminuir en términos relativos.

# La Urbanización Capitalista y el Rol del Estado

Pero este hecho de la existencia de esa enorme masa de desempleados que afecta en primera instancia a los empleados mismos, pero que afecta también al conjunto de la clase obrera al servir como un freno, como un peso, sobre sus salarios; se combina con otro hecho que es la enorme debilidad de la organización de la clase obrera latinoamericana. En todos los países latinoamericanos nos enfrentamos a una enorme dispersión del movimiento obrero. Por ejemplo hay un lento desarrollo o la ausencia casi total de formas de organización por rama industrial, dispersión en las centrales sindicales, etc. Muy pocos países han logrado unificar el movimiento obrero en una sola gran central sindical. Reina la dispersión, por tanto, la debilidad, la falta de coordinación en la lucha para presionar el salario, para presionar a la burguesía en términos de mejores condiciones de vida. Pero por otra parte, es un sindicalismo que nació o que se hizo en muchos países latinoamericanos bajo el control directo de la burguesía y del Estado, controlado directamente por los aparatos del estado burgués y, por tanto, sometido a los intereses del capital y de los capitalistas.

En América Latina, durante casi toda su historia, los regimenes políticos han estado marcados por un abierto carácter dictatorial. Sería interesante tratar de interpretar el por qué ese fenómeno se ha dado en el pasado, pero por ahora quisiera anotar que a partir de mediados de la

década del 60 podríamos decir que el ciclo lo abre la subida al poder de esta monarquía militar no hereditaria que todavía existe en el Brasil. Abre un nuevo ciclo en América Latina de la supresión de las democracias burguesas castradas que siempre existieron en el área y de establecimiento de regimenes abiertamente dictatoriales, antidemocráticos, pro imperialistas, y ello tenemos que entenderlo a partir tanto del desarrollo de la lucha de los obreros, campesinos, de otros sectores sociales, como también de la necesidad de trasladar a espalda de los trabajadores todo el peso de ese largo ciclo de crisis del capitalismo a escala mundial que se inaugura a mediados de los años 60 y que hoy todavía sigue manifestándose periódicamente. Estos regimenes políticos van a poner su bota sobre el movimiento obrero, fundamentalmente. Hay que entender que muchas veces no son sólo los gobiernos militares los que lo hacen ,sino también gobiernos que mantienen formas democráticas de ejercicio del poder, establecimiento de nuevos códigos laborales que atan la lucha de los trabajadores, limitación del derecho de huelga, declaración por decreto de eliminación de toda forma de la lucha de clases. encarcelamiento y persecución masiva a todo sector social que se ponga en movimiento en defensa de sus intereses. Todo este tipo de regímenes políticos han logrado congelar o reducir las alzas salariales mientras que los precios de la subsistencia obrera crecen aceleradamente, en esa forma han logrado producir aquello que hemos denominado "milagros" en América Latina, (el milagro brasileño, el milagro venezolano, el milagro colombiano en los años 68-74, el milagro mexicano, etc.).

Podemos decir que en América Latina, estas condiciones de aguda explotación de la fuerza de trabajo, esta situación de existencia de grandes masas de empleados y sub-empleados, es el determinante fundamental de uno de los problemas más agudos de la ciudad, la penuria de vivienda. Por otro lado, el Estado orienta su inversión resultante de la extracción de impuesto al conjunto de los trabajadores, orienta su inversión a crear todas aquellas condiciones necesarias para el desarrollo del capital: energía eléctrica, agua, vialidad, transporte, medios de comunicación, etc., que son necesarios para el desarrollo capitalista. Pero al mismo tiempo y particularmente en todo este perío-

do, el Estado —como parte de esas políticas para trasladar todo el peso de la crisis económica a los trabajadores—, reduce cada vez más—su inversión social en los llamados programas sociales. Debido a esta debilidad de los sectores explotados en términos de la defensa de sus intereses, los trabajadores latinoamericanos nunca lograron arrebatarle al Estado burgués concesiones importantes en términos de condiciones de vida. Durante este último período de la historia latinoamericana, estas miserables inversiones estatales son cada vez más reducidas y, por otro lado, se trata de imponer en las empresas —por ejemplo—de servicios públicos, en las instituciones que construyen vivienda para los pequeños sectores de los mejores ubicados en la estructura del empleo, imponer condiciones de rentabilidad, de racionalidad.

Una ciudad que crece aceleradamente en una forma anárquica, determinada por la implantación anárquica de la industria, por el juego de los intereses y las decisiones de los urbanizadores, por los intereses del capital constructor, por la propia acción anárquica del Estado en términos de sus inversiones de infraestructura. Esa anarquía que no es más que la lógica del capitalismo en la producción de la ciudad y que se revierte única y exclusivamente sobre los trabajadores. Una inversión estatal dirigida y orientada en función de los intereses de las grandes empresas, de aquellos sectores de la sociedad que por su ubicación en la estructura productiva, se apropian de los resultados del trabajo agudamente explotado de los obreros latinoamericanos. Inversión que seguiría fundamentalmente al desarrollo de las más avanzadas formas de vida: por ejemplo, la vialidad para el transporte individual, mientras que en los sistemas de transporte colectivo reina el hacinamiento, las malas condiciones de funcionamiento del parque automotor, tarifas relativamente elevadas y permanentemente presionadas por las alianzas y asociaciones de propietarios de medios de transporte, lo cual conduce a alargar aún más el tiempo que el asalariado tiene que dedicar a su trabajo.

Políticas de vivienda que van orientadas cada vez más claramente, por una parte, a asegurar y garantizar al capital constructor, al capital bancario ligado a la construcción, que van dirigidos al 20% de los sectores de más altos

ingresos de la sociedad, como es el caso generalizado en América Latina. Políticas de Salud cada vez más restrictivas y que manifiestan todas ellas la permanente reducción de la inversión estatal en todo aquello que contribuye al mantenimiento de la capacidad productiva del obrero.

### La Reivindicación Urbana y la Unidad de los Explotados

Obviamente este panorama, que es ya común entre todos nosotros, que a fuerza de observarlo todos los días ya se ha convertido en parte de nuestro paisaje, esta situación no puede menos que determinar el que esas masas de desempleados y sub-empleados, esas masas de obreros agudamente explotados que no tienen ninguna posibilidad real y objetiva de acceder ni a una vivienda en el mercado ofrecida por las empresas privadas, ni siquiere a la vivienda mínima producida por las instituciones estatales; no tiene más remedio que desarrollar movimientos de ocupación de tierras, de invasión de tierras, para apropiarse alguna condición sobre la cual iniciar ese lento y doloroso proceso de autoconstruir la vivienda. No tiene más remedio que luchar para adquirir -a través de esa lucha y dependiendo de la fuerza de la capacidad de su lucha-, la instalación de alguna forma de servicios.

Para este conjunto de la población no hay ninguna ventaja en las ciudades que pueda obtener si no es mediante su lucha. Esto determina la emergencia, y con esto no quiere decir que este es un fenómeno actual, sino que es muy antiguo. Desde los años 50 —momento en el cual se da ese impulso— esa aceleración de la expulsión de campesinos, esa aceleración del proceso de urbanización—, estas luchas van a aparecer más o menos permanentemente en todos nuestros países.

Aquí vale la pena que nos planteemos algunos interrogantes sobre este tipo de luchas que desarrollan los pobladores en América Latina, porque —en cierta medida— se ha ido produciendo una cierta mistificación de las luchas en muchos sectores; también podríamos decir que se ha tendido a dar algunas alternativas equívocas a estas luchas, siempre o en muchas ocasiones ignorando los límites propios que tiene y las grandes debilidades que presenta, y al ignorar los límites de las grandes debilidades, equivocando también el camino.

Hasta ahora en América Latina este tipo de movimientos han surgido espontáneamente, pero han mantenido esa espontaneidad, se han mantenido en gran medida en el seno de una gran dispersión, de una ausencia de coordinación de sus fuerzas, siempre presentando frentes de lucha -fundamentalmente - al Estado que es quien aparece como su interlocutor directo, bien sea porque el Estado actúa como perro guardían de la defensa de la propiedad territorial, bien sea porque es él quien maneja la ley y, por tanto, legaliza la propiedad, bien sea por que él tiene a quien le ha sido asignado el papel de susministrar lo fundamental de estos servicios de agua, energía, vialidad, etc., pero manteniendo siempre gran debilidad producto de esa dispersión y de esa falta de coordinación ante el Estado. Esta debilidad surge de otro aspecto, la debilidad del movimiento obrero latinoamericano, el control por el Estado de ese movimiento obrero, una concepción -en muchos casos —estrechamente gremial y sindical del movimiento obrero, y una concepción cerrada, gremial, del mismo movimiento de pobladores que ha dado lugar a una persistencia a veces rota, pero como dominante de la persistencia de una separación entre las luchas del campesinado, por ejemplo, las luchas de los sectores obreros agrupados sindicalmente y las luchas de estos sectores de pobladores, cuando los pobladores de nuestras barriadas son en un porcentaje considerable mayoritario, parte también del movimiento obrero, militante también de los sindicatos, asalariados del Estado, o bien reservas de esa industria, sectores proletarizados, pauperizados por el mismo desarrollo capitalista. Una segmentación entre el movimiento obrero, el movimiento sindical de los asalariados al servicio del Estado, con otro movimiento del cual constituyen también su base, el movimiento de pobladores. El movimiento de pobladores levanta reividicaciones que también están ligadas a las reinvidicaciones que bajo otra forma diferente levanta el obrero en la fábrica, las reinvindicaciones que el obrero levanta en el barrio como reivindicaciones barriales; forman parte integrante también de las reinvindicaciones que ese mismo obrero puede estar levantando o ha levantado en su huelga anual por aumento de salario.

Me llama mucho la atención no sólo oír hablar sino también ver y entender la existencia de un movimiento de pobladores, no sólo autónomo sino totalmente incomunicado en muchos países latinoamericanos del movimiento sindical. El obrero levanta en la fábrica y en la huelga reivindicaciones salariales que tienen que manifestarse en elementos físicos como la vivienda, servicios, salud, educación, etc., pero nunca acompaña al movimiento de pobladores del cual él forma parte en sus barrios y que levanta reivindicaciones por elementos que forman parte del salario.

Esa ruptura de tipo gremialista en los movimientos es, a mi juicio, otra de las grandes debilidades de este tipo de movimiento, de este tipo de lucha. Ni el movimiento de pobladores que tiene en su base a sectores muy importantes de proletariado levanta reivindicaciones que sirvan de puente con el movimiento sindical propiamente dicho, ni el movimiento sindical levanta reivindicaciones que sirvan de puente con el movimiento barrial. Esta es una de las grandes debilidades no sólo del movimiento de pobladores sino que es una de las grandes debilidades del movimiento de masas en la mayoría de los países.

Particularmente, en el momento actual la burguesía nacional-imperialista asociada, el Estado a través de los planes y las políticas económicas impuestas en todos los países latinoamericanos -desde la más sangrienta dictadura en Chile hasta las formas más democráticas de ejercicio del poder burgués en América Latina en las democracias parlamentarias del tipo mexicano o venezolanoaplican el mismo tipo de política que no sólo abarca a todos los países latinoamericanos sino también a todos los países capitalistas de escala mundial; no hay un solo país capitalista en el globo donde no se estén aplicando -en ese momento— planes de austeridad tendientes a hacer caer todas las crisis del capitalismo sobre la espalda del proletariado en todos y cada uno de los países. En términos generales, la mayoría de estados capitalistas de escala mundial reducen, limitan, castran, las políticas sociales en función de orientar lo fundamental del gasto público hacia las inversiones ligadas a la acumulación del capital, como la otra cara de la misma política de empobrecimiento de los trabajadores, como la otra cara de la misma política para resolver la crisis del capitalismo.

Cuando esas políticas de todas las burguesías orquestadas por el imperialismo se manifiestan en la fábrica, en el barrio, en el hospital, en la escuela, en el campo, en todas y cada una de las zonas del país, la pregunta que hago es: Esa unidad de la política burguesa, a pesar de sus propias contradicciones internas, ese terreno que impone la burguesía a todos los sectores populares, no tiene que ser el puente tendido entre las diferentes manifestaciones de la lucha defensiva de los trabajadores. Creo que ahí está un terreno objetivo que le es impuesto a todo el movimiento de masa, a todas sus diferentes organizaciones, para encontrar los elementos de combinación, porque al luchar contra la política económica se está luchando no sólo contra el desempleo, no sólo contra los bajos salarios, sino también contra la baja inversión en construcción de escuelas, la reducción permanente de las condiciones de funcionamiento y financiamiento de la operación, de la salud, educación, etc. Es un terreno obligatorio de búsqueda de la unidad, de los diferentes sectores populares de lucha.

Creo que, desgraciadamente, este terreno de unidad de las diferentes expresiones del movimiento de masas, en América Latina no ha sido cruzado este puente ni por el movimiento obrero, que sigue desconociendo el carácter, la ligazón directa de estas reivindicaciones tanto con el problema del salario como con el problema de la política económica, del régimen ,y también con el problema de la democracia. Ni el movimiento de pobladores ha reconocido el hecho de que en esta política económica se encuentra una de las determinaciones tanto de su situación como de los límites de la imposibilidad de esa barrera que se enfrenta al desarrollo de sus luchas.